

A GIFT

*Nuevos
Comienzos*

A GIFT
just for you

KAERA NOX

relato navideño

Nuevos Comienzos

Kaera Nox

© Kaera Nox, 2017

Título: Nuevos Comienzos

Publicado en Sevilla, diciembre de 2017.

Número de registro: 1711264936149

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para Belén.
Gracias por creer en mí, por emocionarte e ilusionarte
con cada una de mis historias tanto como yo.*

Índice

[Índice](#)

[Argumento](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

Argumento

La Navidad no es la mejor época del año para muchas personas. Demasiados recuerdos, demasiadas pérdidas. Joanna se enfrenta a su primera Navidad sola y no sabe muy bien cómo va a superarla, pero una llamada telefónica puede cambiarlo todo.

Jota Jota trabaja como repartidor en una empresa de envíos y, en mitad de un reparto, hace una llamada que le afecta más de lo esperado.

La Navidad es época de hacer nuevos propósitos, de preocuparse por el prójimo, de dejarse llevar por la ilusión, el amor, ... en definitiva, de crear nuevos comienzos. ¿Quieres conocer el de Joanna y Jota Jota?

Capítulo 1

Sentada en su mesa de siempre, Joanna observaba el reflejo de las luces de Navidad que iluminaban su cafetería preferida. Sumida en sus pensamientos, observaba la lluvia caer al otro lado del cristal. Las gotas se deslizaban creando patrones impredecibles, caminos únicamente guiados por la fuerza de la gravedad y las pequeñas imperfecciones del enorme ventanal que ofrecía una vista de la calle principal. Al otro lado, las personas continuaban con su ajetreado día. Compras navideñas, familias en busca de regalos, citas de negocios, enamorados o solitarios, se movían con prisa a través de la ciudad intentando escapar de la lluvia. Ojalá todo fuera tan fácil, ojalá correr u ocultarse sirviera para alejar lo inesperado.

El frío calaba sus huesos y, por cómo se sentía, cualquiera habría pensado que la inesperada tormenta que azotaba el exterior la había pillado en la calle calando su ropa y su cuerpo, envolviéndola en hielo que se había asentado en su corazón y que ni siquiera la calefacción del local, más alta de lo saludable, podía derretir. Sintió algo en su rostro y llevó una de sus manos a su mejilla derecha. Estaba húmeda. Inconscientemente miró al techo, buscando el lugar por el que la lluvia del exterior había llegado hasta ella, pero allí no había nada. Estaba llorando. Otra vez. Lo había hecho tan a menudo los últimos meses que se preguntaba si algún día dejaría de hacerlo. ¿Podía alguien secarse por dentro?

A sus veintiséis años estaba cansada. De llorar, de continuar, de pelear. Sabía que había llegado el momento de seguir adelante, dejar el pasado atrás, olvidar lo imposible, aceptar lo inevitable y continuar. Pero era mucho más sencillo decirlo que hacerlo.

El sonido de su teléfono la sacó de sus pensamientos. Secó sus mejillas con las mangas de su sudadera gris y respiró hondo antes de responder.

—Diga —respondió apenas con un hilo de voz ronca y casi inaudible. Carraspeó un par de veces para aclararla.

—¿Joanna Warren? —

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la mensajería YEP! Tenemos un paquete para usted y queríamos saber si se encontraba en casa, ya que estamos por la zona.

—No, lo... siento —la voz se le quebró y las lágrimas volvieron a

deslizarse por sus mejillas. Las apartó de nuevo y se obligó a calmarse.

—Comprendo, ¿le vendría bien el lunes por la mañana? —Joanna aún peleaba con sus lágrimas y no fue capaz de responder —¿Se encuentra bien, Señora Warren? —se interesó el desconocido al otro lado del teléfono.

La preocupación en la voz del mensajero la hizo sentirse aún más débil ¿No era eso triste? ¿Sentirse tan sola que una simple pregunta educada te hiciera venirte abajo? ¿Qué la preocupación de un desconocido significara tanto?

La furia sustituyó a la tristeza en el interior de Joanna. No podía seguir así, buscando gestos de cariño dónde no los había, necesitando y anhelando sentir que le importaba a alguien, que alguien se preocupaba por ella. Ya era una adulta, hacía años que había dejado de ser aquella niña perdida buscando la aceptación y el cariño de personas que jamás la aceptarían y que desconocían el significado de la palabra amor. Se obligó a tragarse las lágrimas que luchaban por salir y a mantener un tono de voz despreocupado.

—Sí, gracias. Estoy un poco resfriada, eso es todo.

—¿El lunes, entonces?

—Sí, el lunes por la mañana estará bien.

—Volveremos a llamarla entonces —el desconocido titubeó antes de continuar —Cuídese ese resfriado Señora Warren, no deje que la tumbe.

La llamada se cortó y, durante unos segundos, Joanna permaneció mirando la pantalla de su móvil sin comprender. La última frase había sonado demasiado íntima, personal. Cómo si el desconocido supiera que lo del resfriado no había sido más que una excusa y que la animara a superar lo que fuera que hubiese causado sus lágrimas.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Tan desesperada por importarle a alguien... Se encogió de hombros, dejó un billete de cinco libras sobre la mesa y se colocó el abrigo y el bolso antes de despedirse con la mano de Jack, el camarero, y salir a la calle. La capucha de la sudadera no hacía mucho por evitar que la lluvia empapara su pelo y el agua no tardó en atravesar la fina tela. Durante unos segundos se quedó allí parada, mirando al cielo encapotado y cubierto de nubes en medio de la calle. Cerró los ojos, sintiendo el agua sobre su rostro, dejando que resbalara por su cuello, deseando que la lluvia la limpiara por dentro. Que arrastrara todo el dolor y se lo llevase lejos, que, además de hacer su trabajo en la tierra, renovando el aire, alimentando a la nueva vida que vería la luz en primavera, tuviera el mismo efecto en ella. Que la convirtiese en alguien nuevo, arrastrando toda la

polución de su interior y permitiendo que volviera a empezar.

Capítulo 2

—¿Jota Jota? ¡Tío, espabila! —el empujón de su compañero le hizo centrarse —El semáforo lleva un rato en verde y nos están machacando a pitidos ¿es que estás sordo?

—Perdona, estaba pensando en otra cosa.

Sí, para ser exactos en una voz. Una que no había podido quitarse de la cabeza en las últimas horas.

—No seguirás pensando en ella, ¿verdad? —la cara de exasperación de su copiloto casi le hace sonreír —. Tío, ya lo hemos hablado. Podría ser una anciana de sesenta años, estar casada o peor... ¡Podría estar gorda, llevar gafas de culo de botella o ser un adefesio!

—No estaba pensando en eso —. Respondió con una sonrisa.

—Ya, claro, ¡cómo si no te conociera! Tienes que buscarte una tía, — Richard lo miró con obviedad —pero una de verdad, tío, no una que sólo existe en tu cabeza. ¡Un buen polvo! ¡Eso es lo que necesitas!

Jota Jota rio con ganas ante la expresión airada de su compañero y mejor amigo.

—Tú todo lo arreglas igual — respondió pasándole el brazo por los hombros.

Habían llegado al almacén y ambos se dirigían a la oficina para entregar el informe de los paquetes entregados y pendientes. Richard lo miró con cara de asombro.

—¡Es que es la mejor solución! No hay nada que no arregle un buen polvo —contestó con total convicción.

Jota Jota suspiró. Richard tenía razón. No en lo de polvo, o quizás también en eso, no lo sabía. Desde que había terminado con su prometida meses atrás no se había interesado por ello. Bastante había tenido con que su novia de toda la vida descubriera que le gustaban las tías y le dejara después de más de diez años juntos. El impacto había sido brutal. Hanna no tenía la culpa. Habían empezado a salir demasiado jóvenes, ninguno tenía experiencias previas y se habían acostumbrado el uno al otro. En los meses transcurridos desde su ruptura se había dado cuenta de que realmente hacía mucho que no eran pareja, sentimentalmente hablando. Ella era su mejor amiga, lo compartían todo, no había nada de lo que no pudieran hablar, tenían los

mismos gustos y aficiones. Encajaban, pero no de la manera en la que encaja una pareja. No había pasión, ni amor ni... nada más que cariño, respeto y amistad. Todo eso estaba muy bien, pero no era suficiente.

Según Richard, después de descubrir que tu ex es lesbiana, deberías salir a tirarte a cualquier cosa que se mueva. Él no opinaba lo mismo, no le apetecía salir cada noche con una diferente y, además, no estaba seguro de saber cómo ligar. Después de todo, la última vez que lo hizo tenía dieciocho años y ahora iba camino de los treinta.

Sus pensamientos volvieron a la llamada de horas antes. La Señora Warren estaba llorando, estaba convencido de ello. A pesar de que le había puesto la excusa del resfriado, él sabía cuándo una mujer estaba llorando. Sus cuatro hermanas se habían ocupado de ello. La voz de aquella mujer, ronca, melódica, dulce y cargada de pena se había colado bajo su piel y no podía sacársela de la cabeza. ¿Por qué lloraba? ¿Qué era lo que le había hecho tanto daño?

Aquellas y otras muchas preguntas seguían rondando en su cabeza al llegar a casa. Había sido un día largo, muchos repartos que hacer, muchas horas en la furgoneta recorriendo una ciudad sobre la que parecía haberse desatado el segundo diluvio universal. El tráfico con lluvia era horrible, como si la gente se olvidara de cómo conducir cuando caían dos gotas, y aquella tarde habían caído muchas más de dos. A pesar del cansancio, de sus músculos agarrotados y del frío y la humedad que se habían aferrado a sus huesos, ni el agua caliente ni la necesidad de descanso conseguían apartarla de su mente.

Salió de la ducha y envolvió una toalla en sus caderas mientras pasaba otra por su pelo despreocupadamente. De aquella guisa se dirigió a la mesa del salón dónde había dejado sus cosas al llegar. Por primera vez había incumplido las normas de la empresa. Sus propias normas. El papel con el teléfono de contacto de la Señora Warren reposaba sobre el cristal de la mesa, llamándolo como si del canto de una sirena se tratase. Utilizar los datos de los clientes para uso personal estaba totalmente prohibido. Se lo había repetido una y mil veces desde que la idea cruzó por su mente, pero al final había sido incapaz de resistirse a la tentación. En un último esfuerzo se dirigió a su habitación.

Con un pantalón de chándal y una camiseta se dirigió a la cocina, separada del salón por una barra americana. Intentó concentrarse en preparar la cena, pensar en otras cosas, pero su mirada se desviaba una y otra vez hacia el

papel. Sacó una cerveza del frigorífico y, tomando casi la mitad del contenido de un solo sorbo, la dejó sobre la encimera y se dirigió al salón. Tomó asiento en el sofá, con el papel en una mano y el móvil en la otra, preguntándose qué decir. Con una sonrisa fue consciente de que había tomado una decisión. La pregunta ya no era si iba a llamarla, si no cómo hacer la llamada, qué decir para no parecer un acosador. Un repartidor loco que se había obsesionado con la voz de una clienta y con la razón de su tristeza. Si lo pensaba fríamente eso era. La voz de la Señora Warren se había colado bajo su piel y el dolor que había percibido en ella se había apoderado de su mente. ¿Y si era verdad que estaba resfriada? En ese caso sería aún más difícil convencerla de que no era un loco acosador que aprovechaba su trabajo para conseguir el número de teléfono de mujeres.

El móvil vibró en su mano sacándolo de sus incómodos pensamientos. Desvió la mirada hacia la pantalla para ver la imagen de Richard vestido de William Wallace y no pudo evitar sonreír.

—¿La has llamado ya?

Esas fueron las primeras palabras de su amigo al descolgar el teléfono y los ojos de Jota Jota se abrieron sorprendidos.

—¿Cómo sabías que...?

—¿Qué has cogido el número de teléfono de una clienta para uso personal? ¡Venga ya! ¿No creerás que eres el primero que lo hace, verdad? Aunque yo suelo haberla visto antes...

—¿Tú sueles? ¡Las normas de la empresa prohíben...!

—¡No me vengas con las normas de la empresa! ¿O prefieres que lo hablemos con tu padre?

<<¡Mierda!>> Si el viejo se enteraba de que había roto las normas se le caería el pelo. Había estado echando una mano en la empresa familiar desde muy joven y, tras terminar la universidad y el Máster en Dirección de Empresas, su padre había estado preparado para ampliar el negocio esperando que su hijo se hiciera cargo de ello. Pero él no había estado de acuerdo con los planes de su padre. Había preferido continuar como repartidor, empezando desde abajo. Le había dicho que, para que la ampliación funcionase y pudiesen ser competitivos en el mercado internacional, tenía que conocer los entresijos del trabajo desde dentro. Saber cómo funcionaba cada segmento del negocio. La realidad era que le gustaba el trabajo. Aunque cobrase mucho menos y se pasara el día montado en una furgoneta recorriendo las calles de la ciudad. Lo prefería mil veces a tener que trabajar

mano a mano con el viejo. Su palabrería profesional había convencido a su padre, al menos los primeros meses. Afortunadamente, su hermana mayor se había casado con un hombre con su misma formación y que había estado encantado de trabajar con su padre. Jota Jota lo había agradecido y había pensado que ahí terminaban sus problemas. Error. Desde entonces, su padre buscaba cualquier ocasión para hacerle saber lo decepcionado que estaba con él. En su momento había exigido ser tratado como cualquier otro empleado, de hecho, la mayoría de sus compañeros desconocían que era el hijo del dueño. Dudaba que su padre no aprovechara aquel “desliz” con las normas para hacerle saber lo que pensaba de él y ponerlo de patitas en la calle. Respiró hondo.

—No, no la he llamado.

—Pero... vas a hacerlo, ¿verdad?

—No lo sé Richard. ¿Y si me dijo la verdad y sólo está resfriada?

—¿Eso es lo que te preocupa?

—¡Podría pensar que estoy loco! ¡O peor! ¡Qué soy un sicópata!

—A mí me preocuparía más que fuera fea, la verdad...

—¿Que fuera fea? ¿Lo dices en serio?

—O que sea vieja... que esté casada después de todo no tendría por qué ser un problema. Lo mismo es una casada sexy que disfruta engañando a su marido, como las de esas series...

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero acostarme con ella?

—Eso lo dices ahora, pero ¿y si está buena? ¿qué?

—Richard...

—Dime.

—No puedo contigo.

—Jota Jota

—Dime

—Llámala.

—¿Lo dices en serio? ¿y si es vieja, está gorda, o...? —respondió con una sonrisa, intentando quitar hierro a sus pensamientos.

—Da igual.

—¿Cómo? — Eso sí que era una sorpresa tratándose de Richard.

—Te conozco tío, cuando algo se te mete en la cabeza no paras hasta obsesionarte. Cuanto antes salgas de dudas, mejor. Prefiero eso a que la acoses a preguntas el lunes cuando vayamos a su casa a hacer la entrega, la verdad.

Continuaron hablando un rato más sobre el trabajo, la última conquista de su amigo y los planes para las próximas fiestas. Hablaron de todo y de nada, pero la Señora Warren y su triste voz, no se apartaron ni un segundo de la mente de Jota Jota.

—Voy a llamarla. —Dijo decidido cortando a Richard en mitad de una frase sobre la cantidad de tías buenas que irían a la fiesta de fin de año que estaban organizando en el local de su primo.

—¿Qué?

—Mañana hablamos.

Jota Jota colgó sin más y apretó el teléfono. Había tomado una decisión, ahora la cuestión era cómo convencer a la Señora Warren de que no era un loco pervertido o un acosador.

Capítulo 3

Había llegado a casa hacía un rato. La sensación de paz y renovación que había sentido al dejar que la lluvia la empapara había desaparecido al llegar a la oficina chorreando agua a su paso. La humedad en su ropa había hecho que los vaqueros se pegaran a su cuerpo y su sudadera favorita había quedado para el arrastre. Al llegar a casa, una ducha de agua hirviendo había sido requisito indispensable. El viaje en metro se le había hecho eterno a pesar de durar tan solo diez minutos. Vestida con unos leggings y un enorme jersey que había pertenecido a su abuelo, Joanna tomó asiento en la butaca del salón con Simba, su gato, en brazos y una taza de té de canela en la mesita junto a ella.

Había dejado el libro que estaba leyendo al alcance de su mano. Un préstamo de Stefy, su compañera de piso y la única amiga que había hecho en los dos meses que llevaba en aquella ciudad. La literatura romántica había sido uno de sus géneros favoritos, pero en los últimos meses se había sentido incapaz de leer sobre el amor y finales felices y sus lecturas se habían encaminado más hacia la novela negra y la intriga. No tenía sentido leer sobre algo que no estaba destinado para ti. Las personas que deberían haberla amado incondicionalmente nunca se habían preocupado por ella y, los que la habían querido, amado y cuidado toda su vida, se habían ido definitivamente en un absurdo giro del destino dejándola sola.

Sus padres nunca habían sido del tipo amoroso y paternal. Centrados más en los negocios y en la vida de la alta sociedad, ella no había sido más que un accidente. Algo que no encajaba en su perfectamente planificada vida. Había pasado su infancia de niñera en niñera, con un padre al que apenas veía y una madre empeñada en convertirla en una perfecta señorita de la alta sociedad. Pero esa etiqueta nunca había encajado con ella. Había sido una niña curiosa, inquieta, a la que le encantaba subirse a los árboles y jugar en el barro, demasiado nerviosa para permanecer horas cuidadosamente sentada, manteniendo una postura erguida y elegante, y en completo silencio como una señorita de su clase. Ella se había esforzado, había intentado ser lo que su madre esperaba de ella, aprender a comportarse y a vestir del modo adecuado. Permanecer en silencio ante las visitas, mostrar una perfecta educación, soportar horas con vestidos con los que era imposible trepar a un árbol o correr. Pero no había sido suficiente.

Se dio cuenta de ello al cumplir doce años. Una mañana su madre había entrado en la habitación acompañada de una de las criadas. Eran apenas las seis de la mañana y ella dormía. Diana la había zarandeado con suavidad hasta despertarla, su madre nunca la tocaba si no era estrictamente necesario. Había abierto los ojos para verla observándola impasible desde la puerta de la habitación. Las palabras que le había dicho no tenían sentido en su mente infantil y aún dormida, recordaba haberla mirado sin comprender mientras Diana sacaba sus maletas y las llenaba con la ropa de sus armarios.

Aquel día su madre la había dejado en casa de una pareja mayor. Sus abuelos, según le había dicho. Unos abuelos a los que jamás había conocido porque, según su madre, eran como ella. Demasiado vulgares y poco sofisticados para su mundo. Aquella había sido la última vez que había visto a la mujer que le dio a luz. El día que la dejó en la puerta de unos desconocidos.

Su destino podía haber sido peor. Podía haber acabado interna en un colegio de señoritas destinado a aplastar su espíritu y destruir su personalidad, convirtiéndola en el producto perfecto para la alta sociedad. En la perfecta hija de sus padres. Pero sus padres nunca habían querido una hija, perfecta o no.

Sus palabras de despedida habían sido como ella, frías, desapegadas e impersonales. Su padre y ella iban a separarse y ninguno de los dos tenía tiempo para dedicarle a una niña rebelde, incapaz de comportarse cómo se le exigía debido a su posición. El chófer abrió la puerta de la limusina y la invitó a salir, antes de que ella pudiera si quiera asimilar las implicaciones. Cerró tras ella y volvió a subir al coche. El motor rugió al arrancar y las ruedas chirriaron contra el pavimento de grava al alejarse y ella se quedó allí. Observando cómo todo lo que había conocido, se alejaba hasta convertirse en un pequeño punto en el horizonte.

Sus abuelos vivían en una pequeña casa de campo, rodeada de hectáreas de bosque y tierras de cultivo, en las que Joanna había descubierto lo que era realmente la libertad y, sobre todo, el amor. Durante su primera semana con ellos la habían abrazado y besado en más ocasiones que en sus doce años de vida. Había aprendido a montar a caballo sin silla, a ordeñar a las vacas, había ayudado a su abuelo en los partos de los animales, pero, por encima de todo, había aprendido a ser ella misma, a expresar lo que quería, lo que sentía, sin miedo a represalias. Había llorado por la madre que podía haber tenido y nunca tuvo en los brazos de su abuela durante noches enteras y ella

jamás le había reprendido. Se había limitado a abrazarla, acariciar su pelo y murmurarle palabras tiernas mientras la consolaba.

Ellos se habían convertido en su mundo, su familia. Y también la habían abandonado. El policía que se había personado en su casa cuatro meses antes, para informarle de que sus abuelos ya no volverían aquella noche, ni ninguna otra, dijo que había sido un accidente, que habían fallecido en el acto. No habían sufrido.

Durante el primer mes se había convertido en una sombra. Sus padres no habían ido al funeral, se habían limitado a enviar una enorme corona y una carta de condolencias que, seguramente, habría escrito alguno de sus numerosos asistentes. Se había alejado de sus amigos, convirtiéndose en una persona triste y resentida. Odiando cada rincón de la casa cargada de buenos recuerdos que sólo hacían más dolorosa la realidad de lo que había perdido.

Decidida a alejarse de todo aquello, había dejado a cargo de la granja a la mano derecha de su abuelo y se había mudado a la ciudad. Donde nada le recordara lo que había perdido, donde estuviera rodeada de tanta gente que su soledad pasara desapercibida, donde nadie la mirase con lástima porque estaba sola en el mundo.

La música de Muse hizo que Simba se revolviera en su regazo, trayéndola de nuevo al presente. Joanna alargó la mano para tomar su móvil mientras lo acariciaba, sintiendo el regusto amargo del dolor y la pérdida en cada célula de su cuerpo. El número era desconocido y durante unos segundos dudó si responder a la llamada. No tenía ganas de hablar con ningún teleoperador y, dado que Stefy estaba en un avión camino de casa de sus padres, lo más seguro es que si cogía el teléfono, alguien intentara venderle algo. Con un suspiro, finalmente deslizó el dedo para contestar.

Capítulo 4

—¿Diga?

Aquella voz. Dos sílabas en una palabra pronunciada con duda que hicieron que Jota Jota se estremeciera y su piel se pusiera de gallina. Cuatro simples letras que llegaban a sus oídos y acariciaban todo su cuerpo. Carraspeó para aclarar su voz y respiró armándose de valor.

—¿Señora Warren? —¡Mierda! Estaba nervioso y se había notado en el temblor de su voz. La inseguridad y la duda impregnaban cada palabra. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto loco?

—Sí, ¿quién es? —al otro lado de la línea, Joanna sólo escuchaba silencio. La voz le había resultado ligeramente familiar, pero no conseguía ubicarla—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Jota Jota se dio cuenta de que la Señora Warren estaba a punto de colgar, inseguro sobre si conseguiría reunir el valor suficiente para llamarla de nuevo y sin llegar a entender por qué hablar con aquella mujer era tan importante para él, inhaló con fuerza y decidió hablar.

—Señora Warren, lamento molestarla. Mi nombre es Jota Jota, soy de la empresa de mensajería, hablamos esta tarde por teléfono.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! ¿Hay algún problema?

Durante un momento, Jota Jota pensó en aprovechar aquella salida. Inventarse algo relacionado con el trabajo, colgar el teléfono y dejarlo estar. Pero la tristeza seguía presente en la voz de la Señora Warren y, la necesidad de saber a qué se debía, aún sin entender de dónde venía aquella necesidad, rugía en sus venas.

—No, no hay ningún problema. En realidad, la llamaba para saber cómo está.

—¿Cómo? —preguntó Joanna perpleja.

—Aunque cuando hablamos me dijo que estaba resfriada, sé que estaba llorando. Sé cuándo una mujer ha estado llorando, tengo cuatro hermanas que se han encargado de ello —. Las palabras brotaban a trompicones y Jota Jota, temiendo que aquella mujer pudiera colgar el teléfono, desapareciendo de su vida para siempre, hablaba cada vez más deprisa —. No quiero que piense que soy un acosador o estoy loco. Es que no he podido dejar de pensar en la tristeza en su voz durante toda la tarde. Bueno, pensándolo bien quizás si esté

un poco loco, después de todo no nos conocemos de nada, ¡pero no loco en plan sicópata, asesino en serie o violador!

—Me quedo más tranquila —. Una sonrisa se deslizó en los labios de Joanna. Aquella conversación era del todo surrealista.

El desconocido, Jota Jota había dicho que era su nombre, continuó hablando sin pausa. Dudaba que si quiera la hubiese escuchado.

—Nunca había hecho esto antes. La empresa prohíbe terminantemente utilizar la información de los clientes para uso personal. No quiero que piense que soy una especie de chiflado que se dedica a acosar a las clientas en su tiempo libre —. Cogió aire, en un intento de calmarse antes de continuar hablando —. Richard tenía razón, esto es una locura —en el salón de su casa, Jota Jota se paseaba nervioso revolviéndose el pelo con una mano mientras intentaba controlar los nervios —no sé nada de usted. Según él, podría ser una anciana, estar casada o, lo que en sus términos sería aún peor, ser gorda y fea...

La risa al otro lado del teléfono hizo que se le secara la garganta dejándolo sin habla. Fresca, franca y cargada de inocencia, actuó como lluvia sobre terreno reseco, trayendo a la vida a cada célula de su cuerpo.

Joanna no pudo contenerse al escucharle y el sonido de su propia risa le resultó tan sorprendente, después de meses sin reírse, que se quedó paralizada por unos segundos, antes de responder.

—Bueno, si Richard se queda más tranquilo, le diré que no soy una anciana, solo tengo veintiséis años, y tampoco estoy casada. Respecto a lo de ser gorda y fea... bueno, supongo que mi opinión no será la más objetiva, ¿no cree? Por cierto, ¿quién es Richard?

—Mi compañero de reparto.

Algo en el interior de Jota Jota se relajó. No sólo no le había colgado, sino que se había reído y ahora, estaba manteniendo una conversación con él. Aquello podía ser una locura, pero no pensaba desaprovechar la oportunidad de conocer mejor a la mujer tras aquella voz que le había mantenido en vilo toda la tarde. En aquellas horas, sin saber cómo, la curiosidad por los motivos de su tristeza se había transformado en la necesidad de ayudarla y, ahora que había escuchado su risa, en lo único que podía pensar era que ese era el sonido más brillante que jamás había llegado a sus oídos. Quería volver a oírlo cada día, que nada en el mundo lo silenciase jamás. Algo en su interior le decía que aquella mujer estaba hecha para la alegría, para reír sin temor e inundar el aire con el sonido de su risa y él iba a hacer todo lo que estuviera

en su mano para que fuera así.

—¿Jota Jota? —La voz de la Señora Warren sonaba insegura y se dio cuenta de que se había quedado callado durante unos segundos, sumido en sus pensamientos.

—Disculpe Señora Warren.

—Joanna.

—¿Perdón?

—Mi nombre es Joanna.

—Joanna —. Sonrió como un tonto mientras paladeaba cada una de las sílabas del nombre de aquella mujer que, siendo una desconocida, se había hecho un hueco enorme en su mente y, empezaba a creer, que quizás también en su corazón —. Un nombre precioso.

—Gracias —. La sonrisa de Joanna se agrandó ante la dulzura en la voz de Jota Jota y una parte desconocida de su interior vibró.

Durante un rato hablaron de cosas sin importancia. Él le habló de su trabajo, de Richard y sus locuras, que además de ser su compañero de reparto, era su mejor amigo. Ella le contó que sólo llevaba un par de meses en la ciudad y que aún se estaba acostumbrando a ella, le habló de Stefy y sus locuras y, poco a poco, ambos se fueron relajando.

—Imagínate, el fin de semana pasado, llegó a casa armada con una docena de cervezas, toneladas de chocolate y dos botellas de vodka caramelizado —. La ternura y el cariño hacia su compañera y amiga eran obvios en la voz de Joanna —. Dijo que necesitaba una noche de chicas.

—¿Cerveza y chocolate? No sé yo si esa mezcla me convence

—A mí tampoco, pero cuando llevas las cervezas suficientes no le das importancia.

La risa de Joanna inundó la línea una vez más y el corazón de Jota Jota amenazó con pararse. Llevaban más de una hora al teléfono y el sonido de su risa empezaba a convertirse en el aire que respiraba. Pero cuando volvió a hablar, la tristeza se había adueñado una vez más de su voz.

—Stefy sólo quería animarme.

—¿Quieres hablar de ello?

Aunque su voz sonó tranquila, Jota Jota se tensó sentado en el sofá de su casa. Quería saberlo todo de ella, pero más que nada, quería conocer el motivo de su tristeza y destrozarlo con uñas y dientes. Joanna era una mujer alegre, vibrante y llena de vida, oír la tristeza y el dolor descarnado en su voz le hacía desear destrozar algo, cualquier cosa que pudiera alejar la risa de su

vida.

Sin saber cómo, Joanna se encontró hablándole de su vida a aquel desconocido. Le habló de su infancia, de sus padres, de su vida con sus abuelos, de la muerte de éstos, de lo sola que se había sentido desde entonces. Lloró mientras hablaba y, por primera vez en años, sintió cómo en esa ocasión, las lágrimas se derramaban arrastrando con ellas el dolor, la pena, el sentimiento de abandono y soledad que había estado presente en su vida desde su infancia. El dolor y la tristeza fueron abandonando su cuerpo, su mente y su corazón, a la vez que las palabras fluían, dejando tras de sí, una sensación de calma y claridad que hacía mucho tiempo que no tenía. Echaría de menos a sus abuelos, pero siempre serían parte de ella, siempre formarían parte de su vida y vivirían eternamente en su corazón. Aceptó que ellos no habían querido dejarla sola, la vida a veces daba giros inesperados y nadie tenía la culpa de ello. Simplemente sucedía. Y ella no podía seguir viviendo con el dolor y la ira, eso no era lo que sus abuelos hubiesen querido.

Le habló de las navidades en la granja de sus abuelos y del dolor que sentía al ver a las familias felices, comprando regalos, compartiendo momentos que ella ya no podía compartir con sus seres queridos. Del dolor y la tristeza que le producían todos aquellos recuerdos felices que nunca más volverían.

—Crea nuevos recuerdos. Demuéstrales a tus abuelos que la chica que conocían, llena de vida, cariñosa y feliz, no se fue con ellos. Sabes que no querían eso. Demuéstrales que el amor que te dieron, el que te mostraron, no murió con ellos. Que sigues viviendo del mismo modo en que ellos te enseñaron a vivir. Mantenlos vivos y presentes llevando la vida que ellos querían para ti.

—No sé cómo hacerlo... — la voz de Joanna fue apenas un susurro.

—Tengo una idea. Mañana, a las doce de la noche, encienden el árbol de la plaza del ayuntamiento. Habrá grupos cantando villancicos, familias, cientos de personas celebrando la Navidad que tus abuelos querían para ti. Reúnete allí conmigo y comienza a vivir, Joanna.

—Yo...

—Piénsatelo. Estaré allí. Si decides ir, seré el que lleve el jersey navideño más feo que hayas visto en tu vida. Así no podrás confundirme.

—Jota Jota...

—Descansa Joanna y, decidas lo que decidas, espero que encuentres la felicidad. Gracias por esta noche.

La línea se cortó y ella permaneció mirando su móvil durante mucho tiempo, sin saber bien qué había pasado. Aquel desconocido había arrasado con su vida y sus recuerdos en unas horas y ahora que había colgado no sabía qué hacer. <<*Crea nuevos recuerdos*>> Sonaba fácil, pero... ¿podría hacerlo?

Epílogo

Faltaban cinco minutos para las doce de la noche y la gente se agolpaba alrededor del enorme árbol de más de tres metros situado en el centro de la plaza. Los villancicos habían dejado de sonar minutos antes y los cantantes se habían unido a la multitud que, impaciente, esperaba que el alcalde presionara el botón de encendido. Los niños, que hasta hacía unos momentos, corrían, jugaban y reían alrededor de la plaza, agolpándose en los pequeños puestos o alrededor de los grupos de cantantes, ahora permanecían aferrados a las manos de sus padres o madres, mirando con grandes ojos cargados de ilusión el enorme árbol.

Jota Jota llevaba más de una hora moviéndose entre la multitud, observando a cada mujer solitaria, atento a cada risa, intentando reconocer a la mujer cuya voz no podía quitarse de la cabeza. ¡Estúpido! ¿Cómo podía haber pensado que ella accedería a una locura como esa? Sí, la noche anterior habían hablado durante horas y ella se había abierto a él como una flor seca ante las primeras gotas de lluvia. Pero él era un desconocido. Un chiflado que se había aprovechado de su trabajo para conseguir el número de una desconocida y llamarla por motivos personales. Joanna debía pensar que estaba loco y, ¿qué mujer en su sano juicio aceptaba quedar con un loco al que no conocía?

—Sí que es horrible.

La risa que siguió a aquellas palabras hizo que cada parte de su cuerpo temblara. Se giró hacia la voz para encontrarse con una mujer de no más de metro sesenta, con el pelo rubio rojizo, cuajado de rizos que sobresalían bajo un gorro de lana amarillo. Sus ojos castaños, enmarcados por largas pestañas, mostraban la misma diversión que la enorme sonrisa de sus labios. Jota Jota se obligó a respirar.

—¿Joanna?

—Sí, y espero que tú seas Jota Jota o estaré haciendo el mayor ridículo de mi vida.

—Has venido... —Joanna se quedó mirando a aquel hombre alto, moreno, de unos treinta años y con unos increíbles ojos azules, que la recorrían una y otra vez cómo si no estuvieran seguros de que fuera real y temieran que desapareciese de un momento a otro.

—Quizás sea una locura. Puede que esté un poco loca, no en plan acosadora o asesina en serie, pero sí en plan... Quiero mis nuevos recuerdos... y los quiero contigo.

El árbol se iluminó y los aplausos y gritos de la multitud los rodearon, pero todo se diluyó en el momento en que los ojos de ambos se encontraron y los labios de Jota Jota rozaron los suyos. Crearían nuevos recuerdos, pero aquel, siempre sería el mejor.

Sobre la autora

Kaera Nox es el seudónimo de una sevillana que a sus “taintos” ha decidido embarcarse en la aventura de autopublicar su primer libro. Casi no se recuerda a sí misma sin un lápiz en la mano garabateando sobre folios, cuadernos o servilletas de cualquier bar. Escribir es su forma de desahogarse, de sacar fuera todo lo que lleva dentro, que no es poco. Entre libros se siente libre, siempre hay algo que aprender en cada uno de ellos y la vida se disfruta más cuando aprendes.

Enamorada de la música y de los libros se abre paso en esta nueva aventura con un libro que tiene mucho de ella y espera que no sea el último.

Puedes encontrarla en:

www.facebook.com/kaera.nox.5

Twitter: @KaeraNox_autora

Instagram: kaeranox

e-mail: kaeranox@gmail.com

Agradecimientos

Gracias a ti, que estás leyendo esto, por darme la oportunidad de compartir esas historias que pululan por mi mente.

Gracias a mi familia por estar a mi lado y apoyarme siempre.

Gracias al Señor Nox por aguantar mi monotema literario y no desesperar mientras tanto. Por ilusionarse conmigo y animarme a cada paso.

Gracias a autores, blogueras literarias, lectoras y todas esas personas que me han acogida tan bien en este mundillo. Gracias por vuestros consejos y por vuestro apoyo.

